

## El fallecimiento de Monseñor Carlos Cortés Lee en París

El Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario registra con profundo sentimiento, la muerte del que fue su sabio catedrático de lengua y literatura griegas, ilustrísimo Monseñor Carlos Cortés Lee, dechado de virtudes sacerdotales, consumado humanista y egregio orador sagrado, y tributa homenaje de respetuosa admiración a su memoria.

R. M. CARRASQUILLA

*Miguel Santamaría Caro*

Secretario.

Marzo de 1928.

---

Si la palabra es el medio natural y al mismo tiempo el más excelente para dar a conocer a los demás todo cuanto pasa en el mundo interior de cada uno de nosotros; si ella nos pone en íntimo e inmediato contacto con el mundo externo; si esta palabra es el más noble instrumento de que la inteligencia dispone, ella se dignifica y ennoblece en grado sumo cuando no contenta con revelar los pensamientos y los afectos humanos se hace capaz de dar a conocer los pensamientos y deseos del mismo Dios.

Al confiar Cristo al hombre la misión de predicar le dio la más noble misión. Así lo entendieron los apóstoles; así lo pensaron los padres y doctores de las primeras edades; así lo ha visto la Iglesia en todo tiempo, y por eso el honor que ella tributa a los predicadores y el cuidado especialísimo que pone en conformarlos. Mas, el predicador no es el resultado de una simple formación, por buena y esmerada que ella sea; no es obra del simple deseo y de la buena intención.

El predicador, dotado de verdaderas cualidades oratorias, debe buena parte de ellas al privilegio que le dio la misma naturaleza, y de aquí el que sean tan raros los oradores sagrados.

Entre nosotros, sin embargo, herederos y participantes de la elocuencia de Fray Luis de Granada y del maestro de León, este dón riquísimo no ha sido raro, pues en todo tiempo, desde los días coloniales, se ha hablado de oradores sagrados de gran renombre. El señor Mosquera nos descubre, aun en la letra fría y muerta de sus escritos, vestigios ciertos de una elocuencia verdadera; el doctor Saavedra deleitó en otros días a los oyentes en la catedral de Bogotá, y el señor Paúl supo aprovechar admirablemente la elocuencia francesa. Ya en días vecinos a los nuestros, el doctor Francisco Javier Zaldúa, el apóstol de la devoción a Nuestra Señora del Carmen, supo enardecer los ánimos y despertar afectos nobilísimos con una elocuencia caldeada por el amor y ennoblecida por cualidades naturales no comunes; Monseñor Carrasquilla, docto y sereno, adoc-trinó por largos años a los bogotanos y contribuyó eficazmente al afianzamiento de los principios religiosos. Pero ninguno como el varón que acaba de morir poseía las cualidades propias del verdadero orador.

El doctor Carlos Cortés Lee era un orador. Si damos comienzo por las cualidades meramente externas, surge ante nosotros la figura austera del hombre que acaba de morir, después de cruel enfermedad: mirada profunda y penetrante, frente vasta, cuerpo esbelto y admirablemente proporcionado, voz sonora y gratisima, acción impecable y ademanes siempre reposados. Po-seía, como pocos, el habla castellana y las reconditeces del idioma de Cervantes le eran familiares; casi no pasaba día alguno en que él no gustara de algún trozo

de la Guía de Pecadores de Fray Luis, cuya armonía misteriosa y sutil se había apropiado del todo. No ignoraba los idiomas modernos y le era dado aprovechar la riqueza de múltiples y variadas literaturas. Mas por encima de estas cualidades, que sólo hubieran podido formar un orador profano, surgía en el doctor Cortés Lee el teólogo que conocía y leía de continuo las Sagradas Escrituras, que dominaba conscientemente el pensamiento de los padres de la Iglesia, que habían formado en su mocedad la lectura predilecta del entonces joven sacerdote y cura párroco de Santa Bárbara, que sabía de las sutiles distinciones de los teólogos y del pensamiento profundo de un Santo Tomás o de un Suárez.

La ciencia no le hubiera bastado para ser orador si no le hubiera unido a ella la más austera virtud. Era hombre de oración casi continua; vivía modestamente en una casa de las vecindades de La Candelaria, y jamás quiso intervenir en asuntos profanos. Recuerdo ahora mismo la piedad y devoción del doctor Cortés Lee en aquel día solemne y memorable en que Bogotá, con ocasión del primer Congreso Eucarístico, rindió culto solemne al Señor escondido bajo el velo de la eucaristía, y recuerdo también la frecuencia con que se le veía orar en las iglesias vecinas.

Por desgracia, las enfermedades impidieron que la oratoria del doctor Cortés Lee fuera más conocida para que de ella hubieran podido aprovechar en los últimos tiempos las almas. Quedaba para Bogotá un recuerdo perenne del orador que hechizaba, pero su voz ya no se oía, como en otro tiempo, en los templos de Santa Bárbara, de La Capuchina, de La Tercera.

Mas si el orador había callado, el amigo y el consejero del clero estaba aún en medio de nosotros, y todos le venerábamos. Como compañero del ilustrísimo

señor Herrera Restrepo, su acción oculta y modesta fue eficacísima, y como confesor y director de las almas fue verdaderamente admirable. Gustaba ya en los últimos años de consagrar largas horas a la administración de este sacramento y empleaba el resto del día en lecturas cada vez más escasas y en atender con solícito cuidado a la dirección espiritual de almas piadosas que a él recurrían en busca de sabios y santos consejos.

Para el clero de Bogotá y de la arquidiócesis la hora actual es de consternación, porque ha perdido a un sacerdote que este clero consideraba, y con razón, como un motivo de honra y de seguridad. Su voz era oída por todos y su virtud por nadie era discutida. Poseía un prestigio que para otros es imposible adquirir, pues raras veces se juntan y se hermanan tan noblemente las cualidades intelectuales más exquisitas y las virtudes morales más auténticas. Al rendir homenaje a la memoria del doctor Carlos Cortés Lee, lo rendimos en primer término a la virtud; lo rendimos luego al orador, y lo tributamos de lo íntimo del alma al sacerdote que todos considerábamos y teníamos como uno de los más doctos, de los más rectos y de los austeros apóstoles más experimentados en este arte, difícil entre todos, de dirigir y gobernar las almas.

JOSÉ ALEJANDRO BERMUDEZ